

Cuentos Completos, de Ana Teresa Torres: Una primera lectura

Flannery O'Connor, la extraordinaria y fina escritora de Sangre Sabia y de otras piezas memorables escritas en lengua inglesa dijo alguna vez que un cuento encierra una historia, cuya enunciación sólo puede decirse o contarse de la manera en que está narrado. A nadie se le ocurriría pensar que una rosa debería ser más roja de lo que es, o que una piedra debería ser más redonda. Algunas veces releendo a Flannery O'Connor, en busca quizá de algún secreto o de algún hilo escondido que me lleve a la hermosa madeja matizada que constituyen todos sus relatos y novelas, me he conseguido con la turbación inicial de cuando niño metía las manos en el agua para ver la maravilla de cómo mi mano lucía quebrada dentro del cristalino río Canaguá o cómo volvían las ondas del río a recuperar su encanto inicial cuando yo retiraba las manos del agua. Ráfagas e imágenes que me llegan cuando por, segunda vez, leo, o mejor releo los Cuentos Completos, de Ana Teresa Torres que la Editorial El otro, el mismo, capitaneada por el amigo escritor Víctor Bravo, terco en su empeño de que el libro no muera en esta debacle actual que vivimos en el país, o quizá que introduzcamos las manos en los ríos de páginas profundas y cristalinas, joyas iridiscentes que nos ha entregado su editorial en su corta existencia, como ésta de Ana Teresa Torres que hoy tengo el honor de presentar a ustedes.

De Ana Teresa Torres había leído, sus novelas, El Exilio del Tiempo; Dofia Inés contra el olvido; Malena de cinco mundos y Los últimos espectadores del acorazado Potemkin, verdaderos mosaicos para comprender o analizar ficticiamente retazos de nuestra historia menuda, o de nuestra historia grande como querramos verla, por los cuales nos hemos paseado, en un tránsito arrebatado, como nos ocurre cuando contemplamos un nuevo

amanecer y urdimos parte de la memoria individual y colectiva, a través de una prosa radiante, destellante, no obstante a la técnica de su autora que nos enfrenta a la memoria mediante un bordado matizado de imágenes y anécdotas, para atrapar la memoria de nuestra nación, a retazos. Pero también, con la intención de elaborar un hermoso tapiz sobre el acontecer de nuestra historia.

En cada uno de los cuentos de este libro que presentamos hoy, vuelve a plantearse, de entrada, la necesidad, (aunque desde el ámbito del cuento), de urdir una memoria a través de una acción dramática completa, donde los personajes, muestran, de manera misteriosa, una faceta de la personalidad humana. Conocía a la Ana Teresa Torres cuentista por ese estupendo relato que le valió el primer premio en el Concurso de Cuentos de El Nacional, llamado Retrato frente al mar, premiado en 1984, y que en mi manera de ver las cosas, de palpar la gota cuando meto la mano bajo el agua, constituye, junto a otros relatos recopilados en esta antología, el embrión de la temática que desarrollaría Ana Teresa Torres en los años siguientes: la memoria y la desmemoria, el olvido y el desolvido, el intento de elaborar, a partir de lo memorioso, de los tamices del recuerdo, las resonancias pasadas, los encuentros y desencuentros de sus personajes que deambulan de una novela a otra, de un cuento a otro, tratando de armar y desarmar el mosaico de la memoria, o de hallar las razones por las cuales su personaje se desplaza en un sitio y no en otro, percibido a través de la gasa, o, sencillamente, de la niebla que, algunas veces, se hace gota de agua o un río envolvente, tal como sucede en sus novelas.

Veintisiete relatos, agrupados en tres secciones, de acuerdo a los años en que fueron escritos, desde 1966 hasta 2001, integran su obra Cuentos Completos, muchos de ellos, como afirmaba antes, esconden la almendra o el

embrión de sus novelas. Pero revelan, todos y cada uno de ellos, la maestría de una escritora que nos ha entregado en estos relatos, ciertos y determinados tipos o personajes que se relacionan con su entorno para transmitir, de manera sencilla o compleja, según sea el traslado de un sitio a otro, el peso y espacialidad, como afirmaba O'Connor, en cada uno de estos relatos. Nos presentan detalles, aparentemente nimios, supuestamente irrelevantes, pero que revelan, al fin, lo que muestra la buena literatura tras la gota de agua: el misterio insondable que supone la profundidad de una visión que el artista recrea o crea. Tras veinte años de trabajo en el cuento, Ana Teresa Torres llega a los relatos que comienza a urdir en el año 1983 y concluye, por ahora, en 2001, lapso en el cual se agrupan los relatos más paradigmáticos de esta muestra. Siempre recordaremos la belleza y profundidad de las páginas, o, mejor, la lección de vida aprendida tras la lectura de La desmemoria. Cuento con Variantes; Retrato frente al Mar; El vestido Santo; Axel, Perro Viajero; Donde vive el Corazón y En la Oscuridad de las Salas de Cine, relatos paradigmáticos porque constituyen ellos mismos, por sí solos, verdaderas joyas o gotas de agua, pues revelan acertados puntos o variaciones en el gran tema de esta escritora: la plasmación de una memoria. Un cuento, todo lo sabemos, encanta y seduce, hechiza al escucha o al lector porque revela hasta donde le fue posible al artista dibujar el misterio de la existencia atrapado en una anécdota. Desde que Sherezada reveló, para salvarse, la magia de las noches, la diferencia de cada noche, la doble significación de lo que es amanecer y anochecer, el cuentista se debate en mostrar los recónditos rincones de una anécdota, el lado luminoso de ella. Aquella verdad o visión que los demás no distinguen, como si se tratara de debatir siempre el significado del misterio y el hábito de vivir. Por ello cada cuento es único, aunque las anécdotas se reinventen o vuelvan a sucederse. Es la manera de

contar la historia, la forma de revelar la anécdota, lo que nos hace admirar de nuevo la hoja verde, o descubrir que, efectivamente, tras una gota de agua se esconde el pie de un niño. Imágenes que aleteaban en mí durante largo tiempo mientras observaba y me deleitaba en la urdimbre de estas historias de Ana Teresa Torres, sin saber, al final, con qué gota de agua me quedaría, a qué hoja me aferraré para hallarle algún sentido a la vida, que resulte tan o más maravilloso que un relato de la calidad de El Vestido Santo, que ignoro si será el favorito de su autora, pero que resulta mi favorito en este conjunto. Pues en mi manera de ver las cosas, de sentir y palpar su escritura, de meter mis manos adentro y hurgar su costura, no hallo el hilo para desbaratar la madeja que la escritora cosió tan firmemente hasta elaborar un hermoso y profundo tapiz. Nos presenta la anécdota de dos mendigos que juntan retazos de papel para inventarse historias o sueños, para huir de la muerte cotidiana, o aplazar el encuentro final con la muerte. Me quedo con el sonido del habla de estos dos mendigos, demasiado clara para que yo la menosprecie. La acepto finalmente como una joya, como una bendición de Dios. Es decir: una gota de agua.

José Napoleón Oropeza

Las Eluvias III, Sábado 05 de Abril de 2003